

Betania Artículos nº 7

“DIOS ES AMOR” **¿IMAGEN DE DIOS TAMBIÉN PARA HOY?**

JOSÉ RAMÓN GARCÍA MURGA

Ponencia en el Curso de formación pastoral para profesores. Madrid

INTRODUCCIÓN

La originalidad de la imagen del Dios de los cristianos se cifra en la primacía absoluta del amor sobre el poder e incluso sobre la justicia. Se trata del Dios **siempre** favorable, del Dios que **se da**. Él es amor, lo que no equivale a “El amor es Dios”: Dios define el amor, por desbordar hacia lo alto, hacia los lados, y sobre todo hacia abajo, lo que pensamos sobre el amor.

Pero su amor no defrauda nuestra expectativa básica de “ser amados” (contar para alguien, contribuir al sentido del vivir...), y de “amar”. ¿No es ésta la matriz y la realidad humana que debe servir de base y trampolín para toda palabra que se diga en torno a lo de Dios?

El PADRE DIOS se nos da, como un Río de Vida:

- en lo hondo de la subjetividad, como “Abbá”, en la hondura de nuestra afectividad (recordar: “lo afectivo es lo efectivo”). Así lo vemos en Jesús

- en todo, él es el Dios que en la vida “hace tanto por mí”, es el Señor de la naturaleza y de la historia. No todo, evidentemente es Dios, ni acción de Dios.

Dada la autonomía de la creatura, Él no logra liberar a la humanidad de todos sus pesares (recordar de nuevo: Dios es bueno, pero “no puede” aquello que de suyo implica contradicción).

Sin embargo, quienes saben mirar, ven que Él fluye, como Río de Vida, hacia nosotros en todas las circunstancias de la vida. “Todo contribuye al bien de quienes aman a Dios”.

Dios, Él y no nosotros, conduce nuestra vida, potenciando nuestra libertad. Él es quien dispone, no el dispuesto; pero, aunque muchas veces no lo parezca, Él siempre dispone a nuestro favor. Seguir sus a veces difíciles caminos, conduce a la salvación, a la felicidad que no nos atrevemos ni a mentar.

Dios no condena nunca. Pero, siendo este Dios Padre tan buenísimo, ¿cabe la posibilidad de una condenación eterna?

Educación consiste en amar, dándose en cercanía, y pensando siempre en el bien del educando.

Los textos que se ofrecen en esta carpeta de trabajo, pueden ayudar a profundizar lo dicho, junto con las preguntas que los acompañan. El método consiste en trabajar todo ello por la mañana, y ponerlo en común por la tarde.

Como no tenemos más tiempo nos limitamos pues a hablar, en este año del Padre, de la primera persona. Pero conviene recordar que ella vive gracias a las otras dos, como éstas viven gracias a él.

Por eso añado un par de párrafos más sobre el Hijo y el Espíritu:

CARNE DE DIOS (El Hijo hecho hombre)

El tipo de amor que Dios es se manifiesta en Jesús, su Palabra. O dicho de otro modo, se revela en la carne de Dios. La carne de su Humanidad es la gran Palabra de Dios, porque los hechos y palabras del Hijo no sólo se expresan a través de su en-carnadura sino que remiten a ella.

Jesús puso su carne **débil** al lado de la nuestra, y vivió toda nuestra propia debilidad: así fue humano. Se acercó a toda enfermedad y situación de postración; llevó sobre sí nuestros pecados.

Nos enseñó que sólo quien se hace totalmente humano es el único divino. Y que divinizarse (=salvarse, dejarse de chorradas y ser plenamente feliz) lo logra quien se humaniza junto y no lejos de los humanos.

Este movimiento que culmina en la Cruz de Jesús comenzó en la teofanía de la zarza. Yahvéh "El que es..." termina por desvelar su predicado nominal en el Gólgota, "...es amor, sólo amor".

El dolor de los hombres se hizo dolor de Dios; no cabe sino predicar a Jesús crucificado, que no es filosofía ni cosas maravillosas, sino "poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Co, 1, 21-25).

Educación consiste en poner nuestra carne débil pero lo más limpia posible por la Palabra y el Espíritu, al lado de la carnicilla voluble y despistada, pero enternecedora de nuestros educandos.

COMUNIÓN DE DIOS (en el Espíritu Santo)

Quedaría por hablar del Espíritu, "aliento de Dios". Se halla implícito en lo dicho porque donde una persona está activa, lo están las tres.

Es el aliento de Jesús. Pensar en lo que supone alentar, en casa a los hijos, a la persona querida, a quien está en dificultad. El Espíritu Santo es coraje y aliento de Dios (quien no sólo ve el partido, sino que, como las animadoras hace que el público anime y no decaiga incluso cuando parece que vamos perdiendo por siete a uno).

Jesús alentó, y alienta. Nos da su Espíritu, y su Iglesia es, ante todo comunión en el Espíritu, desde el Espíritu que ella, especialmente recibe en Pentecostés, y la hace afín a todos los lugares donde el Espíritu bulle en el mundo y en los corazones.

Comunión llamada a serlo mejor en cada comunidad (Iglesia, familia, comunidad educativa...), el Espíritu hace brotar libertad creativa y solidaria.

Educación es educar en libertad y solidaridad, como le gusta al Espíritu de Jesús, que se expresa en la sonrisa y en la fortaleza irreductible de María la Mujer prometida.

Ve leyendo estas páginas, subrayando o anotando lo que te llame la atención, añadiendo al margen tus observaciones o preguntas:

1. LA EXPERIENCIA DE DIOS COMO AMOR

Cuando nos persuadimos de que Dios nos quiere de veras, nuestra vida cambia. Se humaniza. Nos sentimos internamente aceptados, más allá de cualquier circunstancia adversa, y por eso mismo, liberados para una relación con los demás que sea igualmente liberadora.

San Juan afirma que Dios es amor (1 Jn 4, 8.16). Expresa así la verdad más alta de nuestra fe, y al mismo tiempo nos transmite una experiencia de sentido.

Experiencia, por referirse a una realidad hondamente percibida, por contacto directo. Juan ha visto con sus ojos y palpado con sus manos el amor de Dios a través de la vida de Jesús y de su entrega hasta la cruz.

Experiencia de sentido, porque ilumina la existencia, al decirme quién la sostiene, de quién me puedo fiar. Pongo mi vida confiadamente en manos de Alguien, y así libre del temor por mí mismo, puedo mirar por los demás. El amor que Dios nos tiene, él que nos amó primero, se paga con amor... a los demás. Si Dios nos amó de esta manera (es decir, como comenta C. Spicq¹, de una manera tan real y efectiva como prodigiosa e inaudita: hasta entregarnos a su propio Hijo), también nosotros debemos amarnos unos a otros (1 Jn 4,11).

Cuando la experiencia de Dios se abre paso en nuestra vida, nos ayuda reflexionar a partir de esa experiencia para sopesarla, penetrarla, fundamentarla, intensificarla. En suma, para hacernos cargo de ella

Nuestras experiencias, ¿responden a la realidad de Dios? Es preciso, verificarlas a la luz de los contenidos de la fe, contrastarlos con ellos. La fe cristiana descalifica toda experiencia que perciba a Dios como enemigo del hombre.

En cambio, confirma y profundiza las que nos lo presentan como favorable y digno de nuestra confianza. La revelación no sólo dice "Dios es amor", sino cómo lo es, y no porque Dios quede a disposición del hombre, sino porque Él todo lo dispone mirando a nuestro bien.

Si el mensaje central del nuevo testamento se condensa en la afirmación Dios es amor, todos los contenidos de la revelación contribuirán a poner de manifiesto que Dios es amor, y cómo es el verdadero amor en que Él consiste. Amor para el hombre por ser en sí mismo amor.

2. SENTIR CON JESUS QUE DIOS ES NUESTRO PADRE

Dios, como un río de vida penetra en lo más hondo de nosotros mismos, y ahí se convierte en una fuente que continuamente nos refresca y nos vivifica.

Trataremos de hacernos cargo de lo que supone sentir con Jesús que Dios es nuestro Padre. Sentimiento no superficial, sino afección profunda del sujeto por la realidad misma de Dios, que nos invade antes de que podamos hablar de ella.

Este sentimiento va apareciendo ya en el antiguo testamento, pues Israel llega a interpretar explícitamente como amor la acción liberadora de Yahveh en su propia historia. Pero sólo alcanza su culminación al individualizarse plenamente en la invocación Abbá de Jesús. De este modo se sitúa en la raíz misma de la actitud de libertad servicial que es propia del cristiano.

Ese sentimiento profundo de confianza habrá también de ser situado en el contexto de nuestra cultura. Lo relacionaremos con la confianza básica en la realidad sin la que la vida resultaría absurda.

3. EL MENSAJE DE JESUS: DIOS COMO PADRE DE LOS HOMBRES²

a. El contexto

Muchos de los contemporáneos de Jesús compartían la visión extremadamente pesimista de la realidad propia de la mentalidad apocalíptica: este mundo se encuentra dominado por el mal, carece de valores, es imposible mejorarlo. La ira de Dios acabará con él.

Incluso la predicación de Juan Bautista se reviste de estos tonos. Urge a la conversión como único modo de escapar a la ira que viene (Lc 3, 7-9). Jesús se distancia de esta manera

¹SPICQ, III, 1959, 278-85

²Para esta sección, cf. HOFFMANN, 1981, 151-176; JEREMIAS, 1981, 17-73; TOUILLEUX, 1969, 113-6; MARCHEL, 1966 y 1971; FLUSSER, 1975. Ver también SCHILLEBEECKX, 1981, 209-46; OBISPOS..., 1986 y 1990. Sigue teniendo interés KÜMMEL, 1945.

de sentir; nos apremia para que realicemos un giro radical, pero hacia la alegría: "El Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en la Buena Noticia" (Mc 1,15).

Ya aquí podemos vivir como en tiempo de bodas, mientras el esposo está presente (Mc 2,19). Ya ahora Satanás "cae del cielo como un rayo" vencido por la predicación de los discípulos (Lc 10,18). No todo es malo en este mundo, pues ya en él podemos encontrar la perla preciosa y el tesoro escondido (Mt 13,44).

La renuncia no es tanto trabajo costoso, cuanto decisión difícil sí pero también gozosa de apartar cuanto nos impida apropiarnos de la riqueza del Reino.

El nuevo modo de relación con Dios que Jesús nos propone contrasta con las visiones catastrofistas de la realidad, y constituye la culminación de esa Buena Noticia que es el Evangelio.

b. El hecho de la invocación Abbá y su importancia

Según el Talmud, abbá es la primera palabra que un niño pronuncia cuando prueba el gusto de trigo, es decir, cuando lo destetan; equivale pues a nuestro papá, lo que no supone cargar el término con un sentimentalismo superficial. Su uso en el lenguaje familiar arameo del siglo primero revestía, como entre nosotros matices diversos: simple designación, o invocación afectuosa (papá, padre mío), pero llena de respeto.

El evangelio de Marcos pone en labios de Jesús esta invocación en su forma aramea en el momento de la oración en Getsemaní (Mc 14,36). También se adivina el abbá a través de la variedad de formas con que el griego del nuevo testamento parece intentar traducir los distintos matices a que hemos aludido del término arameo³.

El exegeta protestante J. Jeremias ha probado que no es posible encontrar en los escritos rabínicos anteriores, contemporáneos o posteriores en doce siglos a Jesús, ni un solo ejemplo de oración en que un individuo judío invoque a Dios como a su abbá.

La causa de ello no puede ser otra que la excesiva familiaridad que este término hubiera supuesto para la mentalidad judía en el momento de dirigirse a Dios en la oración. De aquí se deduce, aplicando el criterio de discontinuidad, que abbá fue una de las ipsissima verba Jesu, que estuvo realmente en labios del Señor.

Hay que subrayar que se trata de una invocación, y no simplemente de una designación. Con el Abbá Jesús no solamente habló de Dios, sino a Dios; se dirigió a él con la confianza entrañable que proviene de sentir su presencia inmediata y amorosa, y no principalmente de haber recibido una instrucción sobre Él en uno u otro sentido. "Jesús habló con Dios como un hijo con su padre, con la misma sencillez, el mismo cariño, la misma seguridad"⁴.

La invocación de Jesús revestía tal importancia que cuando los cristianos de expresión griega la hicieron suya movidos por el Espíritu, la pronunciaron en su forma aramea: "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (Ga 4,6; cf. Ro 8,15).

El sentir profundo de Jesús se traduce en su doctrina. La razón principal para seguir a Jesús con la radicalidad que exigen determinados dichos suyos, ya recopilados por la fuente Q⁵, sería según P. Touilleux, precisamente ésta: recibir de sus labios el conocimiento singularísimo que el Señor poseía del Padre, y que él transmitiría en el círculo de sus primeros seguidores, como lo atestigua otra serie de dichos⁶ que proviene de la misma fuente.

El mal llamado logion joánico lo pone de manifiesto: "Nadie conoce bien al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt 11,27). Se trata del conocimiento bíblico,

³JEREMIAS, 1981, 64-5. Compárese Mc 14,36: Abba, ho Patér; Mt 26,39: Páter mou; Lc 22,42: Páter

⁴JEREMIAS, 1981, 70

⁵Según Touilleux estos logía son: Mt 10, 27-9 / Lc 12, 2-8; Mt 10, 37-9 / Lc 14,26; Mt 11,20-4 / Lc 10, 13-5; Mt 13, 16-7 / Lc 10, 23-4; Mt 23, 37-9 / Lc 13, 34-5

⁶Helos aquí: Mt 6, 7-13 / Lc 11, 1-5; Mt 6, 25-34 / Lc 12, 22-34; Mt 7, 7-11 / Lc 11, 9-14; Mt 10, 29-32 / Lc 12, 6-8.

es decir, no del conocimiento meramente intelectual, objetivante, dominador de un objeto ante el que se sitúa a distancia y del que hace tema de investigación; sino del conocimiento por connaturalidad, empapado de amor, y que proviene del dejarse inundar por una presencia.

Este conocimiento comunica sentido. El yugo de la existencia se hace suave y la carga ligera, porque gracias a la revelación de Jesús, podemos reposar en la seguridad de que Dios es Padre. De su bondad parte nuestra vida, y hacia él caminamos⁷.

c. El significado de la paternidad de Dios

Que Dios sea Padre significa en primer lugar su inmensa bondad para con nosotros, como se desprende ya del análisis de los dichos comunes a Mateo y a Lucas. No necesitamos hablar mucho en la oración, porque, como dice Jesús, "vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo"; está bien dispuesto de antemano hacia nosotros, y por eso no se trata de arrancarle favores con dificultad, sino simplemente de abrirnos a su bondad desde nuestra necesidad (Mt 6,7-8). Es mejor que los padres de la tierra; si éstos saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más él? (Mt 7,7-11).

El llamado discurso de la providencia (Mt 6,25-34) nos transmite de manera privilegiada la actitud de confianza ante la vida a que nos invita el cuidado de Dios por los pájaros y los lirios, y claro es, mucho más por los hombres. No se trata de despreocupación por la causa de los demás, ni de pereza que evite el trabajo arduo y cotidiano, sino de apertura constante a un amor que ninguna dificultad puede impedir⁸.

En el mismo sentido nos dice Jesús que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mt 10,30). No se trata del Dios mezquino, ocupado en nimiedades, que Nietzsche creía descubrir en estas palabras. Sino del Dios-amor, que al cuidarnos no merma nuestra autonomía; precisamente en este dicho se trasluce que el amor del Padre no nos ahorra la dificultad, pues se refiere a la fortaleza y serenidad de ánimo que hay que desplegar en la persecución.

El Padre nos acepta sin condiciones, sin exigirnos llegar cargados de buenas obras como requisito previo para acercarnos a Él.

Podemos así superar la actitud legalista del nomismo farisaico que pesaba también fuertemente junto con la mentalidad apocalíptica en el ambiente que Jesús vivió.

Acumulaba prescripciones jurídicas sin verdadera relación con la vida. Pero sobre todo convierte esta retícula legal en el término de la relación religiosa. En vez de confiar en el Dios bueno, el fariseo se preocupa de ver si se encuentra bien ajustado con la norma.

La obediencia a la ley se concibe como condición previa para acercarse a Dios: el hombre ya no pone su confianza en la bondad divina, sino que cifra su seguridad en el cumplimiento de los preceptos, y por tanto en sus propias obras y en último término en sí mismo.

Jesús enseña que el amor del Padre hacia el hombre no depende de que éste haya cumplido determinados requisitos. La parábola de la oveja perdida del evangelio de Lucas (15, 4-7) muestra excelentemente que ni siquiera el arrepentimiento es requerido de antemano para que Dios salga a buscar al pecador. La conversión es consecuencia del amor del Padre, y no al contrario.

El hombre puede cerrarse a ese amor, incluso cuando cumple materialmente las prescripciones del deber. Es lo que ocurre con el hijo mayor de la parábola de los dos hijos (Lc 15, 11-32) que, en vez de vivir desde el amor del Padre, se considera como un esclavo que ejecuta sus obligaciones con el corazón frío. La casa paterna no es para él ámbito de comunión gozosa, sino mero lugar de trabajo duro y sin compensaciones.

El Padre se configura en la imaginación del primogénito como ese poder autoritario y castrador de que hablará Freud, y que le impide el gozo y la gratuidad. Como para él lo único

⁷MARCHEL, 1966, 92-105

⁸MARCHEL, 1966, 75-82

que cuenta son las obras, se muestra incapaz de comprender el perdón y la acogida incondicional que el Padre dispensa a su hermano menor.

Los sinópticos nos presentan en efecto la experiencia del perdón como lugar por excelencia para reconocer y sentir hondamente el significado de la paternidad divina. El hijo pródigo se percató de quién era verdaderamente su padre cuando éste sale corriendo a su encuentro, lo cubre de besos y le devuelve la dignidad perdida.

En el perdón se transparenta la actitud más honda de Dios respecto de la creatura. El talante divino no es el de quien busca castigar, sino el de quien disculpa y compadece; en la experiencia cristiana no hay lugar para el miedo⁹.

La seguridad última del hombre no se fundamenta en sus propias obras, ni en haber alcanzado un elevado grado de perfección moral, sino en la bondad de Dios. Ante ella, inmensamente capaz de devolver la salud, puede el hombre reconocer la zona oscura de su ser, sin sentirse por ello amenazado, sino todo lo contrario.

Es lo que no entendía el fariseo que oraba enumerando sus méritos. Estos eran seguramente verdaderos; el error consistía en fundamentar en ellos la posibilidad misma de aparecer ante Dios, en ocultarse la propia insuficiencia, pues descubrirla ante sí hubiera supuesto sentirse inseguro ante Dios (cf. Lc 18, 9-14).

La seguridad obtenida a través de este engañarse a sí mismo es extremadamente frágil, pues la inconsistencia disimulada pugna siempre por aflorar desde el subconsciente, dando lugar a una existencia amenazada por la angustia. Paradójicamente la seguridad ante Dios no puede provenir sino de reconocer ante Él la inconsistencia de nuestro ser, nuestra misma realidad indigente y pecadora.

Podemos hacerlo sin miedo porque el Padre la ama, la acepta, la acoge. De ahí que fuese el publicano, que a los ojos de los hombres no tenía remedio, quien bajase a su casa justificado. Él y no el fariseo había abatido las compuertas que impedían que su vaciedad fuese colmada por el río de la misericordia divina.

El amor del Padre se dirige al individuo como tal. Es cada uno quien lo invoca como a su Abbá. Éste se dirige a cada cual en su singularidad inalienable, ofreciéndole su amor a él precisamente. La aceptación de sí mismo tal y como uno es, con sus cualidades y defectos, encuentra así un fundamento profundo y pacificador. El Padre me ama tal y como yo soy.

Ya en el primer milenio antes de Cristo, en China y en la India pero también en Grecia e Israel, se realizó el descubrimiento verdaderamente crucial del valor del individuo en sí mismo considerado. La primera modernidad supo sensibilizarse al valor del individuo frente a la violencia del estado o la voluntad de la mayoría¹⁰. La cuestión conserva hoy día plena actualidad.

Ya Ezequiel (18, 2.20...) y Jeremías (31, 29...) ponen de relieve la importancia de la retribución individual. Jesús insiste en el cuidado de Dios por cada uno, hasta por el más pequeño y aparentemente sin valor. Ésta es la enseñanza de las parábolas de la oveja extraviada y de la mujer que no cesa hasta encontrar la monedita que había perdido (Lc 15, 4-10). También el padre de la parábola de los dos hijos (Lc vv. 11-32) supo ofrecer a cada uno de ellos el amor que necesitaba; al uno para que volviese a casa, al otro para que reflexionase sobre su conducta intransigente.

En el evangelio de Juan son frecuentes las fórmulas de relación en singular: el que venga a mí, el que permanece en mí, el que me ama. El pastor llama a las ovejas una por una, por su nombre (Jn 10,3), y sobre todo, dice Jesús, "si alguno me ama ... mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14,23).

En esta nota de la relación personal individualizada se juega la autenticidad del amor. La humanidad no existe sino en los individuos concretos que la componen. Por eso, un amor indiferenciado no sería amor en absoluto.

⁹TORRES QUEIRUGA, 1979, 138-9

¹⁰PANNENBERG, 1983, 159-63

Párate aquí. Antes de seguir leyendo, responde las preguntas siguientes, tomando algunas notas que podrás poner luego en común:

1. *La invocación de Jesús: significado, ¿por qué parece cierto que estuvo en labios de Jesús?, ¿por qué es una invocación y no una designación designación? ¿con qué aspecto de la persona o facultad del alma tiene que ver esa invocación?*
2. *Recuerda expresiones, experiencias... que indiquen que una persona posee una imagen de Dios que coincide o no coincide con la del Abbá de Jesús*
3. *Sobre el significado de la paternidad de Dios en los dichos y parábolas de Jesús: Lee la parábola de los dos hijos de Lc 15,11-31. Señala cómo se encuentran en ella los rasgos de la paternidad de Dios indicados en las demás parábolas citadas*
4. *¿Cuáles son a tu juicio las dificultades que encuentra una persona en sí misma, en su educación, en las estructuras u organización social, en la cultura ambiente (en el qué dirán...) para creer en el Dios de Jesús*
5. *Añade alguna reflexión sobre la posibilidad y la manera de testimoniar en nuestro mundo con la conducta cristiana los rasgos referidos.*
6. *Describe una situación concreta, a ser posible vivida, en la que el mensaje de la parábola del fariseo y el publicano que subraya DAP (cf también Lc 18, 9-14), haya tenido o pudiera haber tenido un efecto sanante.*
7. *Si Dios es tan exclusivamente bueno, ¿quién dispone? ¿Dios o el hombre? Si dispone Dios como Señor, ¿no resulta que su Señorío un rasgo más importante que su Bondad? Si no dispone Él sino el hombre, ¿qué le ocurre a Dios y qué le ocurre al hombre?*

5. DIOS COMO PADRE/MADRE Y LA CONFIANZA BASICA EN LA REALIDAD

La invocación Abbá se relaciona con la confianza básica, fuente de liberación interior, que nos posibilita asumir con serenidad los riesgos de la existencia. Veámoslo un poco.

a. La confianza básica en el niño y en la persona adulta¹¹

La confianza básica en la realidad se gesta a partir de la relación del hijo con su madre. Ésta, mediante su actitud acogedora transmite al niño el sentimiento inicial de confianza que le hace sentirse bienvenido al mundo. La madre alimenta ese sentimiento incluso físicamente, a través de las muestras de afecto y de la atmósfera de cariño y de ternura con que envuelve a su hijo.

Cuando éste comience a dar sus primeros pasos en la exploración de la realidad y se aventure hacia el mundo, se sentirá acompañado por esa confianza profundamente sentida. Contará con una base de protección hacia la que es posible volver, y que precisamente por eso facilita el despegue hacia lo desconocido.

Sentirse acogido en lo más hondo por el amor, no retrae de la realidad, sino que abre hacia ella. La confianza comunica a la personalidad naciente una prodigiosa capacidad de apertura.

Como observa profundamente von Balthasar, en el despertar inicial de la conciencia ser y amar son coextensivos: el niño percibe por ósmosis y de manera anterior a toda conceptualización, es decir siente, que el ser es amor, donación: se abre desde el principio a la bondad del ser, y adquiere el presupuesto primero e imprescindible para amar él a su vez, y para estar de una manera confiada en la realidad¹².

¹¹Para este apartado y los dos siguientes he tenido en cuenta sobre todo PANNENBERG, 1983, 217-27, que me ha hecho considerar de nuevo la postura de KÜNG, 1979, 601-50

¹²BALTHASAR, 1969, 41-3

Esto sucede así porque el niño se siente amado, y por ello, no sólo protegido por su madre, sino invitado a confiar inicialmente en la realidad con la que va enfrentándose.

La confianza básica no es fruto de un razonamiento, sino que ha sido adquirida a partir de un microcosmos familiar favorable, que ha jugado como mediación simbólica para percibir la realidad toda del mundo y sus características fundamentales. En cambio, quien no ha sido amado ni ha experimentado la ternura en su primera infancia, se torna huidizo, y adopta una actitud agresiva en su relación con la vida.

En la edad adulta - también ya en la niñez- es muy frecuente que la confianza básica aparezca como deteriorada en mayor o menor grado. Ese deterioro implica a mi parecer una sustitución más o menos clara de la actitud de confianza, por otra de autosuficiencia afirmativa.

La confianza se caracteriza por el desprendimiento y desasimiento de sí, ya que consiste en deponer la preocupación por uno mismo para ponerla en manos de la realidad o persona de quien nos fiamos.

Es compatible con el sentimiento de inseguridad, fruto de nuestra propia inconsistencia; no lo ignora; lo integra tras reconocerlo con lucidez. Se conjuga también con las medidas de protección que la vida conduzca a adoptar en determinadas circunstancias, pero haciendo que no se les conceda una importancia desproporcionada.

La autosuficiencia en cambio sustituye la confianza por una preocupación creciente por la propia seguridad. Problema que nunca logra resolver de manera satisfactoria, al proponerse inútilmente eliminar o al menos al ignorar nuestra limitación constitutiva. No es raro que la inseguridad que se pretende desconocer se manifieste subrepticamente en forma de desasosiego permanente.

Recorramos algunas otras manifestaciones de ese yo afirmativo.

Uno de sus síntomas puede ser la actitud crispada de quien trata de alcanzar la seguridad de una manera artificial, como si contrajese los músculos o apretase los dientes para infundirse un valor del que en realidad carece.

Aparece otras veces en ese yo un componente narcisista, falsamente enamorado de sí mismo, y que trata de convencerse, aun sin fundamento para ello, de que las contradicciones de la existencia con su peso de negatividad nunca le afectarán ni se acercarán a él.

A menudo apunta una pretensión de dominio que intenta allanar las dificultades a base de acumular poder y dinero.

El escepticismo y el victimismo de los desencantados tal vez revelen el fracaso de las posturas anteriores, y dejen traslucir la incapacidad de interpretar la realidad como mediación de amor, pese a sus limitaciones.

En resumen: la actitud exageradamente afirmativa se encuentra en sí misma viciada por la inautenticidad de no atreverse a reconocer con realismo la propia debilidad, insuficiencia y limitaciones. Nos recuerda al fariseo que oraba en el templo sin atreverse a descubrir ni siquiera ante sí mismo las zonas oscuras de su personalidad.

En cambio quienes viven en una actitud de aceptación de las personas y cosas como son, y por ello de comuni3n con las realidad, dan muestras de haber conservado y acrecentado la confianza básica en grado más alto, y viven por ello con mayor plenitud de sentido.

Vivir en comuni3n con la realidad presupone paz fundamental consigo mismo, y sobre todo que el yo no se clausure sobre su propia realidad como si pudiera vivir independientemente de todo lo demás.

La actitud comunional hace que la vida se desarrolle en la relación, en toma y daca con la realidad. Supone capacidad para percibir los detalles amables de la existencia, y para valorar en consecuencia lo bueno que se recibe de la vida y de las personas. Se traduce en un talante de comprensión hacia los demás, y sobre todo en generosidad para entregarse sin límites o al menos para corregir continuamente el egoísmo, intentando siempre de nuevo la donaci3n desinteresada.

Quien vive en comuni3n realista con las cosas es consciente de que la vida proporciona sinsabores y contradicciones. No rehuye estas situaciones: pero sabe lidiarlas como es conveniente en cada caso; soporta, sufre, asume los conflictos sin superficialidad, pero sin dejarse dominar por ellos.

La actitud de comunión presupone la convicción secreta de que el mal no tiene la última palabra; el convencimiento al menos implícito de poder dar y recibir algo positivo, más fuerte que los elementos negativos de la existencia. Se mantiene la preconcepción del ser como donación, que impulsa a quien así percibe las cosas a entregarse a su vez sin reservas.

Quien vive en comunión con la realidad siente que en ella su propio yo es amado, como si una fuente inagotable le comunicase confianza y fomentase así su creatividad.

Ahora bien, ¿cuál es esa fuente?

¿Continúan siendo los padres o el recuerdo de aquella relación infantil privilegiada con ellos? ¿Es más bien esa fuente la persona actualmente amada, marido o mujer? ¿O la amistad? ¿O la capacidad para tratar las mismas cosas de manera que también ellas me comuniquen su amor?

Indudablemente una relación privilegiada de comunión con un tú intramundano influye en todas las demás. Pero participa del carácter problemático que afecta a quienes la sustentan como al resto de las realidades de este mundo. Éstas son capaces de conferir sentido a nuestra vida. No negamos que muchas personas depositan aparentemente su confianza en el trabajo, en el dinero, la fama o el placer; en la camaradería o en la actividad social altruista o egocéntrica; en el poder, en el tener, o en el saber.

Pero nuestra pregunta es: estas realidades, todas ellas problemáticas, ¿pueden fundamentar en última instancia esa actitud de comunión con la realidad a que nos hemos referido? ¿O dicha actitud carece en último término de fundamento?

c. La invocación Abbá y la confianza básica en la realidad

Si la actitud de comunión no se encuentra fundada en última instancia por la relación con un tú intramundano, ¿no lo estará por un Tú eterno? Desde esta pregunta, a la que se responde desde la fe, la invocación Abbá adquiere un significado existencial importantísimo. Únicamente el Padre me transmite un amor incondicional, que, como acto de Dios que es, nada puede impedir.

Nada, ni el mayor de los obstáculos que, según la Escritura, es el hecho del pecado. El mensaje de Jesús es que el Padre ama a los pecadores, sin que los justos puedan arrogarse privilegio alguno ni aducir mayores derechos a recibir ese amor de manera más intensa. Hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos; los trabajadores de la primera hora no reciben mayor salario que quienes sólo a la caída del día se incorporan a la faena.

La problematicidad de la condición humana, ni siquiera considerada en su componente más oscuro que es la pecaminosidad, no disminuye en lo más mínimo el amor que Dios nos tiene. Es cierto que si no nos abrimos a su influencia, y nos replegamos farisaicamente sobre nosotros mismos, impedimos que ese amor nos fecunde internamente como río de vida. Pero ello no atenúa el amor del Padre como actitud del propio Dios hacia cada uno de nosotros.

Ese amor del Tú eterno incondicional y que nunca falla, es el fundamento inmovible de nuestra confianza. Así puedo soportar incluso la falta de respuesta por parte de los hombres cuando me dirijo a ellos en actitud de comunión. Puedo confiar y entregarme porque me sigue apoyando Alguien que fomenta mi identidad y la acompaña con cariño, y hace así posible que se despliegue hacia los demás con amor, cualquiera que sea la respuesta de éstos. La confianza fundamental parte de una instancia, el Abbá, que le proporciona amor de manera ilimitada.

Jesús sitúa la relación con el Padre en un contexto de persecución, es decir, cuando la relación interhumana en vez de ser gratificante se torna amenazante: "No temáis rebañito mío, porque el Padre ha decidido daros el Reino". "No temáis a los que sólo pueden matar el cuerpo". La invocación al Abbá, la percepción de su amor hacia mí como anterior a mi propio yo -"Él nos amó primero"- se convierte en fuente de la impavidez de ánimo del creyente en las dificultades de la vida. Aunque todo lo demás falle, el amor que el Padre me tiene nunca fallará.

Pero no seríamos totalmente consecuentes con la línea de pensamiento que seguimos, si nos limitásemos a presentar el amor de Dios como alternativa del que nos niegan las

creaturas. Confiar en la realidad significa sentirla (o mejor, pre-sentirla) como digna de estima. Es una convicción anterior a los razonamientos que puedan fundamentarla. El niño la adquiere como por ósmosis en la relación con la madre. El cristiano que se siente invadido por la presencia del Abbá encontrará en todo, sin necesidad de razonar mucho, huellas de esa bondad del Padre: en el alimento que tomamos, en la naturaleza que nos rodea, en las personas que comparten la existencia con nosotros.

Jesús habló de la relación con el Padre también y, nos atrevemos a añadir, sobre todo en el contexto de una relación serena con las creaturas, donde se inserta como connaturalmente: al contemplar el vuelo confiado de los pájaros, o la hermosura de los lirios del campo. También la descubre en la prolongación, que el mismo Jesús propone sin reservas, del amor de los padres de esta tierra para con sus hijos: si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan! (Lc 11, 13).

Es decir, quien se siente amado del Padre se encuentra desde él y con él, en comunión con la naturaleza y con los hombres, tanto a la hora de recibir amor y de sentirse acogido por la vida, como cuando se trata de amar y de entregarse a los demás: "Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6,36).

He ahí el fundamento último para afirmar que quien vive en actitud de comunión es el que verdaderamente acierta. La experiencia nos dice que a pesar de los pesares (¡y cuántos son los pesares del hombre contemporáneo!) seguimos optando por la vida y por las cosas, y esto no a causa de un mandato que se nos impusiese desde fuera.

Nuestra confianza en la realidad se encuentra continuamente interferida por la problematicidad que deriva de su carácter contingente¹³. De ahí nuestra sensación de angustia, la proclividad a la tristeza, los numerosos casos de depresión que se viven en nuestro mundo. Pero, aunque también se multipliquen pavorosamente, los casos de suicidio -como desembocadura "coherente" con el sentimiento nihilista- son los menos. La muerte sigue apareciéndonos intolerable, y la vida estimable. La fe en el Dios bueno confirma las actitudes positivas ante la vida.

Resumamos: La fe en el Abbá comporta una especie de razonamiento implícito: el Padre que me ama y me hace digno de estima y, por tanto, de confianza, ama también a todas las demás personas y cosas con las que me confronto. Por eso, aunque afectadas por la negatividad inevitable en lo creado, ellas son también dignas de confianza y merecedoras de mi amor. La acción creadora de Dios tiende a transformar todas las realidades del mundo en mediaciones de su amor.

Insistimos en que en un primer momento ésta no es una conclusión racional, sino algo que se encuentra implicado en la misma relación de amor y confianza, personalísima e inmediata con el Padre.

Ciertamente este amor del Abbá por cada uno de nosotros persiste cuando fallan sus mediaciones creadas, vencidas por su propia defectibilidad, y se tornan incluso cruelmente agresivas. El Padre sigue siendo entonces la instancia que me proporciona amor de manera incondicional, incluso cuando pecho y me vuelvo contra el amor.

Pero sé que la alternativa amor inmediato o amor mediado es falsa. La verdad reside en la conjunción de ambos aspectos: el Padre que, como río de vida, inunda y fecunda mi intimidad, viene también a mí en todo lo demás.

La limitación y el pecado perturban esta comunicación. Pero incluso cuando nos sentimos agredidos por las realidades de este mundo, la postura es confiar, desde la relación con el Abbá, en el triunfo definitivo del amor del Padre. Este amor se manifestará escatológicamente como mediado por la interrelación de los resucitados, sin que por ello mengüe la relación inmediata que el Padre sostendrá con cada uno de ellos.

Advirtamos por fin que el camino concreto que hemos descubierto al seguir los pasos del desarrollo de la identidad humana no discurre tanto desde la experiencia del Abbá hacia la

¹³Ver II, 2.3.3.a.

actitud de comunión con la realidad, cuanto en sentido contrario. La consecuencia es muy importante: educar en la vivencia de Dios como amor implica educar -de manera previa siempre que sea posible- en el amor verdadero. Antes de exclamar Abbá, Jesús conoció el amor en las actitudes concretas de su madre la Virgen María.

Hablar de Dios como amor sólo puede hacerse de manera digna de crédito trabajando por edificar la civilización del amor.

Responde:

8. *¿Se puede afirmar a la luz de lo que acabas de leer que Dios no es sólo Padre sino también Madre? ¿Qué importancia tiene sentir a Dios bajo una u otra imagen?*

9. *¿Te han hecho sentir, empleando o no la palabra madre a Dios como madre, y no sólo como padre? ¿Qué importancia tiene para ti sentir y vivir a Dios bajo una u otra imagen? ¿Y para un niño o una niña?*

Al llegar aquí, si vas mal de tiempo, puedes seguir leyendo sólo lo que va en letra cursiva

6. PADRE DIOS Y EL MISTERIO DEL MAL

Al abordar el problema del mal tenemos ya sentado un presupuesto importante: la contingencia y limitación de lo mundano, y por ende, su defectibilidad como posibilidad de fallar y de pecar.

Pero, aunque el origen del mal estuviese en la creatura, ¿por qué crea Dios un mundo donde iba a haber tanto mal, sufrimiento de los inocentes y opresión de los pobres? ¿Cómo él, que pretende que le llamemos padre, papá incluso, no evitó tanta desgracia?

Pienso que para poder creer sin reticencias en el amor del Padre Dios deben ocurrir de verdad dos cosas: 1) que él no haya podido evitar tanto mal, y 2) que trabaje sin paternalismos para que su creatura, pese a las resistencias que ella misma le ofrece, alcance la mayor cantidad de bien que sea dable. En suma, que el Abbá sea auténticamente el Anti-mal¹⁴.

Me parece que es muy difícil demostrar racionalmente ambas cosas, pero las dos se nos imponen desde la fe en la bondad de Dios. Debemos en lo posible apartar los obstáculos que nos impiden esa confianza, aunque nunca apodamos declarar resuelto el problema del mal, sobre el que aún tendremos que volver, sin poder nunca esclarecerlo del todo. La ciencia del bien y del mal es algo vedado al hombre, probablemente porque no puede ser de otra manera.

Pero apelar al misterio no puede convertirse en un pretexto para defender la visión voluntarista de Dios que lo convierte en un ser caprichoso o tiránico. Por ello me apunto más a la línea intelectualista, que pone de relieve que el poder del amor está mediado por su sabiduría; el Padre conoce cuanto de veras necesitamos, y puede así ayudarnos con un amor fiel a nuestra verdadera realidad. De ahí el título dado a esta sección.

Ocupémonos de esta problemática primero en la Biblia, luego con relación a la sensibilidad actual. Terminaremos con unas consideraciones sobre la necesidad de incorporarnos a los caminos de este Dios que se compromete con nosotros.

61. Amor, sabiduría y Bondad, según la Sagrada Escritura

Nuestra primera reflexión dejó bien sentado que amor y bondad son los rasgos más salientes de nuestro Padre Dios. Según la sagrada escritura él es también el Señor todopoderoso, que penetra con su sabiduría la realidad entera de las cosas.

Para el conjunto de nuestra reflexión resulta sumamente importante creer que el Amor y no el Poder es el rasgo que más define a nuestro Dios: el nombre misterioso, "yo soy el que

¹⁴Para esta sección TORRES QUEIRUGA, 1986 me ha supuesto una ayuda inapreciable. Ver también su libro de 1979, y KOLAKOWSKI, 1985, 20-59.

soy" revelado a Moisés en la zarza, se manifiesta como amor en la cruz de Jesús. Por otra parte, únicamente la sabiduría, la de Dios no la nuestra, autentifica el amor. El orden en que los hombres concebimos los atributos, amor, sabiduría, poder, no es cuestión menor.

El Padre Dios ejerce lúcidamente el poder de su amor, hasta alcanzar la victoria completa sobre el mal de este mundo.

El nombre de Señor¹⁵

El nombre de 'adonay, preferentemente empleado para designar a Dios como Señor se encuentra atestiguado en la Biblia al menos a partir del siglo X a.C. Su origen puede remontarse a la misma época en que Israel adoptó el culto y el nombre de Yahveh. Posteriormente Amós, Isaías y más tarde Ezequiel, que insisten en la sublime majestad de Dios, emplean con frecuencia ese término, que hacia el 300 a.C. sustituyó al de Yahveh en el lenguaje hablado.

Es indudable que Yahveh posee ese señorío total que parece indicar la terminación ay. Pero también es cierto que el Señor es Yahveh, como contribuye a ponerlo de manifiesto la versión de los LXX, al traducir por Kyrios el tetragrama sagrado.

Ello hace que las gestas liberadoras de Yahvéh, fruto de su amor, resuenen al mencionar el nombre de Señor. No sólo poder, sino poder liberador.

El Señor omnipotente¹⁶

El poder pleno se encuentra unido al nombre de Dios en todas las religiones. La Biblia afirma claramente y en los contextos más variados que "para Dios nada hay imposible": ni superar la esterilidad de Sara (Gn 18, 14), ni hacer volver del destierro (Jer 32, 17), ni siquiera lograr que un rico pueda convertirse (Mc 10, 27).

Dios es el Pantokrator (Ap 1,8; 4,8...), título que describe la poderosa grandeza de Dios que todo lo abarca. La historia, contra lo que a veces indican las apariencias, no está dejada de la mano de Dios. Incluso la muerte, derrota definitiva a nuestros ojos, es vencida; el que saca el mundo de la nada (2 Mac 7,28) es capaz de triunfar por la resurrección. Dios tiene poder para "realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar" (Ef 3,20).

El poder divino no es una instancia aplastante o caprichosa. El Dios de las promesas atrae al hombre hacia un futuro de reconciliación y de paz, sin imponerse por la violencia¹⁷. En el crucificado aparece de manera insuperable el estilo divino de ejercer el poder como amor¹⁸.

Dios conoce todas las cosas¹⁹

Dios es "el que todo lo sabe" (Baruc 3,32) y "ve cuanto hay bajo los cielos" (Job 28,24). Resultaría superfluo amontonar citas que coincidirían con uno de los convencimientos más profundos y espontáneos del hombre religioso: "Bien lo sabe Dios", decimos para remitirnos al único que en último término nos comprende.

El hombre, en particular, no tiene secretos para su autor, que "sondea los riñones y el corazón" (Jer 20, 12). El salmista exclama: "tú me sondeas y me conoces... cuando me siento y me levanto... me estrechas detrás y delante... hasta el margen de la aurora... hasta el confín del

¹⁵Para este apartado EISSFELD, DTAT I, 62-78 (y a través de él, DALMAN, 1889; BAUDISSION, 1926-9; CERFAUX, 1931); FOERSTER, QUELL, ThWNT, 1038-98.

¹⁶de MARGERIE, 1981, 287-91, y todo el capítulo, 283-308, titulado con acierto "Le Dieu révéle est volonté toute-puissante de nous sauver".

¹⁷Infra III.4.1; supra II.3.2.c.

¹⁸V.3.2.

¹⁹de MARGERIE, 1981, 145-53, 310-3

mar... me alcanzará tu izquierda... me agarrará tu derecha... para ti la noche es clara como el día" (Sa 138 passim).

¿Se trata de una sabiduría indiscreta que vigila al hombre para descubrir su más pequeñas faltas, y así llenar su vida de temor y de zozobra? Job se quejaba amargamente de ello: "¿Qué es el hombre para que te ocupes de él? ... para que le escrutes todas las mañanas y le escudriñes a cada instante? ... Me vigilas cuando peco y no me perdonas ni una falta" (7, 17-8; 10, 14).

En nuestros días Nietzsche también rechaza la omnisciencia divina como opuesta a esa libertad primera del hombre que consiste en poder estar a gusto consigo mismo)²⁰.

Una mirada simplemente curiosa o vigilante resulta, cierto, intolerable. Pero la mirada llena de cariño no humilla: acepta a la persona amada en la que se complace, y a la que está dispuesta a ayudar, si ella lo admite. Nadie tiene inconveniente de descubrirse ante el amor auténtico.

En la Biblia, el conocimiento que Dios tiene de nosotros se encuentra unido a su voluntad de comunión con el hombre: su conocimiento es prenda de elección y está lleno de benevolencia infinita.

Dios lo conoce todo en su sabiduría, que con él ordena toda la creación (Prov 8, 22-31). Pero todas las realidades históricas, el hombre y con él su mundo, tienen carácter evolutivo, han de alcanzar la perfección que no poseen desde el principio de su existencia.

El Padre coopera con el hombre en ese trabajo: "A los que conoció de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo", hasta conducirlos a la gloria (Ro 8, 29-30). De esta liberación de los hijos participará la creación entera.

Bondad, sabiduría, poder

Ante todo, "Dios es amor" (1 Jn 4, 8.16). En su sabiduría conoce todo lo que necesitamos, mejor que nosotros y antes de que se lo digamos; sabe que tenemos aún que realizarnos de manera autónoma y libre. Con el fin de ayudarnos compromete su poder, que no es caprichoso, sino fiel a la realidad que él mismo hizo brotar para que se expandiese hasta la coincidencia consigo misma. En la Sagrada Escritura no hay nada que se oponga, y sí mucho que favorece esta presentación del orden de los atributos divinos.

Cuando consideremos el misterio de la Trinidad, la sabiduría aparecerá emparentada con el Hijo, el Verbo en quien Dios conoce todas las cosas. El poder se relacionará con la fuerza del Espíritu Santo que resucitó a Jesús de entre los muertos, y que lo penetra todo, para conducirlo hacia el Hijo y por él al Reino del Padre²¹.

Bajo esa perspectiva trinitaria, las tres definiciones joánicas del misterio de Dios²² reciben, si cabe, una profundidad aún mayor: "Dios es amor", como Padre. "Dios es luz" (1 Jn 1, 5), que en su Hijo todo lo conoce, y alumbra al hombre con su sabiduría. "Dios es espíritu" (Jn 4, 24), cuya profundidad infinita se abre hacia nosotros y nos acoge en su seno, gracias al Espíritu Santo que hace su morada en el corazón del hombre.

²⁰"...ése debía absolutamente morir. Veía con ojos que lo veían todo; veía las profundidades y fondos del hombre, toda su ignominia y fealdad ocultas.

.....
Siempre me miraba; estaba yo resuelto a vengarme de tal testigo o morir yo mismo.
¡El Dios que veía todo, incluso al hombre, debía absolutamente morir! El hombre no soporta a testigo semejante!" NIETZSCHE, 1979, 231 (Así hablaba Zaratustra)

²¹Ver V.2.1.

²²de MARGERIE, 1981, 150-1

Victoria de la Bondad

La Biblia no mantiene una visión idealista de la realidad. Un rasgo característico de la tradición de Israel es hacerse consciente del pecado del hombre, y también del agobio del peso de la existencia.

Tampoco Jesús al invitarnos a confiar en el Padre (Mt 6,25-32) idealiza las cosas; él mismo conoció desde dentro toda la pesadumbre de la condición humana.

Los discípulos padecerán. Serán entregados y sufrirán incluso por obra de parientes y conocidos. Pero el Padre no los abandona: cuentan con el Espíritu, y si perseveran hasta el final, se salvarán (cf. Mt 10, 17-22).

Ni siquiera lo negativo cae fuera de la acción de Dios. No porque sea fruto de ella, sino porque Dios sigue actuando incluso en lo negativo para abrir caminos al amor. De ahí, la afirmación de que la muerte de Jesús ocurrió "según las Escrituras", y la pregunta a los discípulos de Emaús: ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso, y entrara así en la gloria? (Lc 24, 26).

Así que el amor no será nunca el gran derrotado. La fe nos garantiza que la acción liberadora de Dios, tantas veces humillada por la falta de respuesta de sus creaturas, se afirmará como definitivamente victoriosa. El poder de la iniquidad quedó vencido en la resurrección de Jesús, y también la debilidad de la creatura quedará superada, de modo que nada impedirá la venida final del Reino.

Es preciso mantener ante los ojos la colosal visión de los nueve primeros capítulos de la epístola a los romanos. Todo se encuentra encerrado bajo el pecado. Pero Dios cuenta con ello. La victoria es suya en Jesucristo.

El Padre vence también ahora en cada momento de nuestra vida, pues siempre nos garantiza la posibilidad de incorporarnos a sus caminos de amor: "en todas las cosas interviene Dios para bien de los que el aman" (Ro 8, 28). No hay ni una sola situación en que podamos decir con verdad que el camino del amor nos está vedado.

Esta afirmación de la posibilidad del amor en toda circunstancia es muy osada, y parece desmentida por la experiencia en cantidad de ocasiones. Pero es fruto de la fe, y como tal, tenemos la alegría y la obligación de mantenerla.

La acción de Dios se entrelaza con la del hombre

La Biblia nos presenta a Dios actuando libremente en la historia y en la naturaleza, es decir, en todos los ámbitos de la realidad²³. Pero sin que por eso el hombre deje de ser libre. Según von Rad, Israel comprende su historia al mismo tiempo como completamente mundana y como obra de Dios por entero. Libertad e iniciativa del hombre con la correspondiente responsabilidad por una parte. Actividad y disposición de Dios por otra. Son dimensiones que no se excluyen sino que se implican estrechamente²⁴.

Para subrayar la libertad divina, tantas veces imprevisible para el hombre, Karl Rahner acuñó una expresión afortunada: "formas de actuación de Dios". Éstas, conocidas únicamente gracias a la revelación, llenan de contenido concreto los "atributos" divinos, que parecen tan vacíos en la consideración filosófica de carácter predominantemente formal²⁵.

A veces, la Biblia subraya predominantemente la acción de Dios, como ocurre cuando Israel centra su atención en unos pocos acontecimientos de su pasado que considera extraordinarios y atribuye sobre todo al poder de Dios, capaz de cambiar el curso de la historia: salida de Egipto, sucesos del Sinaí, tránsito del mar Rojo, entrada en Canaán...

²³FÖHRER, 1969, 169 observa que no se habla pertinentemente si expresiones como el Dios de la historia, o de la naturaleza restringen a un solo campo la actividad divina. Ésta ha de ser entendida de manera existencial, como algo que afecta continuamente al presente del mundo en todos sus aspectos.

²⁴VON RAD, I, 1972, 78-87; 147-59, especialmente 151; 381-95

²⁵RAHNER, Escritos I, 129-35; Schriften VIII, 1967, 176; LÖHRER, 259-60; 346-7

La exaltación de estos acontecimientos, que ocurrirían de una manera mucho más sencilla, pone de relieve una dimensión que escapa a los ojos profanos: la actuación del mismo Dios en la historia.

Pero otras veces la parte del hombre adquiere mucho mayor relieve en la historiografía bíblica, que se hace entonces mucho más secular. Así ocurre en las narraciones referentes a la constitución de la monarquía y a la sucesión del trono de David.

En ellas los acontecimientos se suceden linealmente, sin referencias a actuaciones divinas extraordinarias que perturben la realidad profana. Los protagonistas son hombres imperfectos; el mismo rey David aparece responsable de su doble pecado.

Sin embargo, el narrador está profundamente persuadido de que la acción de Dios abarca la totalidad de esos acontecimientos, y de que se extiende a todos los dominios de la vida, visibles o secretos, religiosos o profanos. Nada escapa de su mirada. Por ello el historiador observa que "lo que hizo David desagradó a Yahveh" (2 Sa 11, 12)²⁶.

El nuevo testamento prolonga esta perspectiva, y la acerca a nuestra vida cotidiana. La misma existencia de Jesús atestigua que su Dios, el Padre, cuyas obras realiza, actúa en nuestra historia. Jesucristo mismo es acontecimiento.

Según el discurso de la Providencia (Mt 6, 25-34), la acción del Padre es efectivamente incesante. Viste de esplendor la hierba del campo, y vela por los pájaros del cielo. Pero sobre todo, cuida del hombre. Su acción se muestra así creadora, conservadora y providente, y lo manifiesta como Señor de la naturaleza (representada en el texto por las creaturas carentes de subjetividad consciente) y de la historia (pues el hombre, pese a todos los avatares de la existencia puede contar siempre con la bondad del Padre).

Dios no es el único que actúa. También el hombre está llamado a asumir su responsabilidad. Si lo hace, contribuye a que la vida sea más bella; si no, su propia mezquindad lo pierde.

Basta recordar la parábola de los talentos para comprobarlo (Mt 25, 14-30).

El Vaticano I enseña como verdad de fe que Dios no sólo crea; también conserva y gobierna con su Providencia todo lo que creó. Esto implica su actividad siempre despierta en el mundo, lo que no impide que haya cosas que han de acontecer "por la acción libre de las creaturas" (DS 3003).

62. La sabiduría del padre bondadoso, garantía de su fidelidad a la realidad

621. El voluntarismo, manera actual de sentir, e impedimento para creer que Dios es bueno de verdad

El hombre se inclina espontáneamente a creer antes en el poder de la divinidad que en su bondad. Se siente, aun a pesar suyo, inclinado a exaltar a Dios a costa del mismo hombre.

El conjunto de la Biblia nos hace ver que esto no debe ser así. En ella, las gestas liberadoras de Yahvéh ocurren en favor de su pueblo, y en definitiva de todos los hombres. El poder de Dios es expresión de su amor, y la revelación del Abbá supone el triunfo definitivo de la bondad.

Me parece capital mantener que la auténtica bondad exige fidelidad a la realidad de su destinatario. Quien ama se propone el bien del amado, y ello implica conocer lo que de verdad le conviene, con el fin de poder ayudarlo a que lo consiga.

El pensamiento moderno sin embargo, tiende a desvincular al ser supremo de la realidad de este mundo²⁷. Cuando finalizaba la edad media, Guillermo de Ockham²⁸ pensaba ya así desde su postura voluntarista: es imposible transitar racionalmente de la creatura al Creador.

²⁶VON RAD, I, 1972, 26-7; 78-87; 147-59, especialmente 151; 381-95

²⁷Ver, p.e., KOLAKOWSKI, 1985, 20-59

²⁸Aún hoy se sigue mirando hacia Guillermo de Ockham como una alternativa al pensamiento del Ser: RESWEBER, 1986, 59-78.

Más tarde, Descartes será un insigne representante de esta postura, que fue también la de Lutero y gran parte de la tradición protestante.

El voluntarismo²⁹ mantiene que Dios no se encuentra obligado de ninguna manera a ser fiel a la realidad que él creó. Podría incluso quebrantar el primero de los principios que la rigen, el de no contradicción, y conseguir círculos cuadrados, o montañas sin valle.

También sería factible, por consiguiente, que Dios lograra que el mundo, desde el primer momento de su creación y pese a su limitación, se viese librado de todo mal.

Este exagerado positivismo teonómico se manifiesta también en el ámbito de la moralidad, cuyos principios supremos derivarían exclusivamente de la voluntad de Dios que podría cambiarlos por decreto, y transformar, por ejemplo, la fornicación y la mentira en acciones virtuosas.

Según el voluntarismo, Dios no quiere las cosas porque sean buenas, sino que son buenas porque Dios las quiere.

Es muy difícil creer en la bondad de un Dios que nos hubiese impuesto leyes difíciles por puro capricho, sin tenernos en cuenta ni ser fiel a nuestra realidad.

Pero lo más terrible es que, si no hay afinidad ninguna entre lo nuestro y lo de Dios, ¿qué quiero decir en realidad cuando afirmo que Dios es bueno? Quizá se complazca en hacerme la vida imposible, y esto, en la esfera divina sea algo bueno y digno de todo elogio. Con razón observa Kolakowski que el voluntarismo se encuentra en el origen del alejamiento entre el mundo moderno y Dios³⁰, porque ¿cómo no repudiar a un Dios así?

Pese a esto, el voluntarismo perdura en algunos ámbitos del pensamiento católico actual³¹. Uno de sus atractivos reside seguramente en su manera tan decidida de subrayar la trascendencia de Dios y su carácter de absoluta alteridad con relación a nuestro mundo. Es cierto que hablar frívolamente de Dios lo reduce a nuestras categorías, y manipula su imagen. La imposibilidad de hablar de Dios que padece nuestro mundo debería empujarnos a retornar a esa trascendencia que nuestro lenguaje vulnera.

No faltan hoy quienes tienden a comprender la bondad divina exclusivamente desde la misma trascendencia. En virtud de ésta Dios, por ser el absolutamente Otro, se retraería -es preciso decirlo de alguna manera- de este mundo, y de este modo le abriría el espacio que necesita para su autonomía (que tiende a ser entendida, como es característico de la modernidad, como pura independencia). Parece como si Dios fuese bueno en la medida en que dimite de serlo y deja de actuar para que el hombre pueda hacerlo.

Es verdad que Dios actúa muchas veces de manera silenciosa, hasta el punto de que nosotros llegamos a preguntarnos si se ha retirado de nuestras vidas y de nuestro mundo. En realidad, el silencio es el lenguaje del amor. Cuando decimos que Dios calla, sucede a menudo que nosotros somos los que no oímos su voz. En todo caso, él espera, decidido a no violentarnos, la oportunidad de inundarnos con su presencia vivificante; fomenta con su amor que asumamos nuestras responsabilidades para no convertirse en el tapagujeros de Bonhöffer³².

Pero si Dios no estuviese obligado a ser fiel a ninguna realidad, ¿por qué habría de estarlo el hombre? Éste podrá prescribir, como decía Kant, su propia ley a la naturaleza, aun ignorando lo que ésta sea. Tenderá a imponer su voluntad por encima de todo, a tenerse como fuente última de valores, sin atender necesariamente a lo que está inscrito en la realidad personal de sus semejantes o en la naturaleza de las cosas.

²⁹RIESENHUBER, Voluntarismo, en SM 6, 898-901 (con bibl.)

³⁰"...la teoría que hizo depender las leyes lógicas, matemáticas y morales enteramente del decreto libre y arbitrario de Dios supuso, históricamente hablando, un paso importante en el proceso de prescindir totalmente de Dios": KALAKOWSKI, 1985, 24

³¹La actual recusación de la filosofía del ser se emparenta mucho con la tradición voluntarista. Ver BOURG (ed.), 1986; MARION, 1977 y 1982; GARCIA-MURGA, 1987

³²Más sobre el silencio de Dios, infra II, 4.3.a.

Creer que verdaderamente Dios no actúa, es algo completamente opuesto a la concepción bíblica. Quien eso creyese se sentiría profundamente desamparado, y en el fondo amenazado por un poder tan extraño que podría llegar a desentenderse de su propia obra.

Esto explica que en el curso de la modernidad, la insistencia unilateral en la trascendencia divina haya conducido, más que a profundizar y purificar la fe, a rechazar ese poder, concebido unas veces como inexistente y otras como tiránico y caprichoso. Quien dice aquello de "¿qué te he hecho Dios mío para que me trates así?" parece expresar el recelo que le causa la imagen voluntarista de la divinidad.

En cambio rezaré mejor el "hágase tu voluntad" si sé que ésta busca, no sacrificarme a sus intereses, sino, de verdad, lo mejor para mí, lo que va a responder a ese anhelo que es el más íntimo de los que llevo en el corazón, aunque yo no sea capaz de formulármelo de manera expresa.

622. Bondad como fidelidad a la realidad

Otra corriente de la historia del pensamiento, la intelectualista, nos conduce a pensar que la Bondad es inconcebible si no es fiel a la realidad misma del ser.

Dios es bueno porque conociendo su propia plenitud como fuente de felicidad quiere que sus criaturas participen de ella. Crea, para comunicarles la bondad en que su propio ser consiste; y continúa trabajando en su creación, para que ellas se realicen lo más perfectamente posible: para que abundando en el ser, crezcan también en felicidad.

El voluntarismo se basa en el convencimiento al que nada tenemos que objetar, de que Dios no puede someterse a ninguna pauta superior a él mismo. Pero mantiene equivocadamente que esto es lo que sucedería si su voluntad no fuese la última fuente de toda realidad y de toda moralidad.

El intelectualismo en cambio piensa que el querer divino se encuentra efectivamente sujeto, pero no a un poder extraño, sino a la propia realidad divina, en la que el mismo Dios se complace al conocerla lúcida por su sabiduría, y a partir de la cual, porque la verdadera felicidad siempre es comunicativa, planea la creación.

Por eso la voluntad de Dios no puede entrar en contradicción con la realidad de este mundo, cuyas raíces se hunden en el mismo ser de Dios, y al que de alguna manera refleja.

De aquí se siguen varias consecuencias. En primer lugar, el valor de la creación, digna de estima y por consiguiente no fácilmente reemplazable a capricho por otra. E inmediatamente, la recusación de la imagen de un Dios voluntarista o despota que pudiera sustituir una cosa por otra con olímpica indiferencia.

Leibniz lo advertía bien:

"... diciendo que las cosas no son buenas por ninguna regla de bondad, sino sólo por la voluntad de Dios, se destruye sin darse cuenta, me parece a mí, todo el amor de Dios y toda su gloria. ¿A qué alabarlo por lo que ha hecho si sería igualmente loable habiendo hecho todo lo contrario? ¿Dónde estarán su justicia y su sabiduría si no le queda más que un cierto poder despótico, si la voluntad ocupa el lugar de la razón y si, según la definición de los tiranos, lo que agrada al poderoso es justo por eso mismo?"³³

Las cosas no son buenas porque Dios las quiere, sino que él las quiere porque son buenas en sí mismas, como reflejo de la propia esencia divina. Los diez mandamientos responden asimismo no al capricho del creador, sino a la estructura de la realidad; observarlos no es someterse a una voluntad despótica, sino recibir ayuda para eliminar los obstáculos hacia la vida verdadera. Sujetarse a la ley moral no es someterse al capricho divino, sino ser fieles a nosotros mismos.

Según esto, se da una cierta afinidad entre la criatura y el Creador, pues la primera refleja (como vestigio, huella, imagen...) algo del segundo. Lo suficiente para afirmar que Dios

³³LEIBNIZ, 1983, 66

no puede hacer que una cosa sea al mismo tiempo ella misma y además otra contradictoria, círculo y cuadrado.

El principio de no contradicción se fundamenta en la propia realidad divina. Por eso una cosa no puede simultáneamente reconocerse como fruto de una donación y pretender tener en sí misma su fundamento último, ser a la vez contingente y necesaria, defectible y exenta de la posibilidad de fallar.

A mi juicio, el intelectualismo resume mejor que el voluntarismo la concepción bíblica del Dios bueno que crea y mantiene a sus creaturas por amor, y que siempre trabaja para su bien.

No se trata de responder con claridad a la pregunta sobre el por qué de la injusticia o de los males que nos afligen en cada caso concreto; tan sólo Dios posee la ciencia del bien y del mal.

Pero lo dicho ayuda a creer sin reticencias que Dios nos quiere y nos conduce con sabiduría, incluso cuando no podamos descifrar por qué camino nos lleva y a dónde quiere hacernos llegar.

623. El mejor mundo que Dios ha podido lograr hasta ahora

La fe ayuda a la convicción, que no todos comparten al menos teóricamente, de que el mundo pese a todo es más bueno que malo.

Creemos en la generosidad sin límites del Padre Dios que llegó hasta a entregarnos a su propio Hijo. Ni supo, ni pudo darnos más, ni tuvo más que darnos, como diría san Agustín. Un Dios bueno que iba a darnos tanto, ¿cómo no iba a darnos todas las cosas con el Hijo (Ro 8, 32)? ¿Iba a complacerse en ponernos caprichosamente en un mundo en que tanto íbamos a sufrir, sin que estos sufrimientos estuviesen compensados por algo?

Así se convierte en plausible aquella hipótesis de Leibniz de que Dios creó el mejor de los mundos posibles. Este supuesto resulta inadmisibile desde un punto de vista meramente lógico; pero no lo sería necesariamente si pudiésemos considerar (como sólo Dios pudo hacerlo) todas las cosas en concreto, y las interacciones precisas que configuran la verdadera realidad del mundo.

"Cualquier mundo se presenta como un lote, y Dios tuvo que hallar la combinación de cualidades lógicamente posibles que resultara en el máximo bien"³⁴.

Dios sopesaría con cuidado -no hay más remedio que hablar antropomórficamente- los pros y los contras de crear, las reacciones que iban a tener sus creaturas, las posibilidades de su propia acción divina conjugables con el respeto debido a su obra... y así se decidió por el mejor de los mundos posible.

624. Dios "no puede" evitar todos los males³⁵

Dios, por decirlo así, se decidió por el mejor mundo que "podía" conseguir, consideradas concretamente las cosas, y las respuestas que las creaturas iban a dar a sus propuestas divinas. Pues si no fuese así ¿qué podría explicar que el Padre bueno haya tenido tan poco éxito?

Según el famoso dilema, la existencia del mal en el mundo se debe a que Dios no es bueno o no es poderoso. Si nosotros no podemos dudar de su bondad, parece que debemos concluir que carece de poder.

No es exactamente así, pues la omnipotencia divina es una certeza metafísica ratificada indubitavelmente por la fe; "para Dios nada hay imposible"³⁶. Sin embargo es legítimo suponer que si no interviene "más eficazmente" para eliminar la injusticia, es porque no puede hacerlo.

³⁴KOLAKOWSKI, 1985, 21

³⁵TORRES QUEIRUGA, 109-27

³⁶Supra, II.4.1.b

No por falta de poder, sino porque lo que es en sí mismo absurdo o contradictorio no puede llegar a existir³⁷.

La creatura dejada a sí misma es inevitablemente defectible. Por ser distinta de Dios es necesariamente limitada, y por ello, contingente. Esta modalidad entraña verdad, bondad y belleza, consistencia propia en suma, valor y valer³⁸; pero implica también defectibilidad, como consecuencia de su falta de plenitud de ser. Por eso puede fallar y ser fuente de destrucción. Este sería el origen del dolor, del sufrimiento, y en los seres libres, del mal moral.

Conseguir en virtud del acto creador una creatura indefectible y al mismo tiempo dotada de libertad de elección, sería contradictorio, y por ello imposible.

Pero ¿no podría Dios, si no evitar la defectibilidad, conseguir que ésta se quedase en el plano de la mera posibilidad, evitando con una ayuda especial que la caída se diese de hecho? Así el hombre podría haber sido al mismo tiempo libre y preservado de mal.

Desde nuestro punto de vista humano, parece que esta manera de solucionar las cosas no entrañaría contradicción alguna. Pero esto no supone necesariamente que realmente no la entrañe.

Kant percibió muy bien la diferencia entre no contradicción lógica y real. Si la primera se establece mediante la mera comparación de conceptos, la segunda exige conocer la realidad en concreto y exhaustivamente, cosa a menudo fuera del alcance del hombre. Lo que conocemos de dos realidades puede no mostrar lo que las hace incompatibles entre sí; lo que se nos escapa puede ser la razón de que no puedan casar entre ellas.

Nuestro conocimiento limitado hace que carezcamos de base para saber si de hecho es contradictorio o no que en virtud de la ayuda divina nunca se dé el fallo de ninguno de los seres defectibles de este mundo.

En cambio, Dios, que todo lo conoce, puede percibir como real esa contradicción que a nosotros se nos escapa. Si Dios no consigue que ninguna de sus creaturas nunca falle, debe ser porque ello es en sí mismo contradictorio. Pues si no fuese así, el Dios de amor lo hubiera conseguido con su poder.

Se puede objetar que el hombre, sin dejar de ser limitado y contingente, cuando se incorpora definitivamente a la comunidad de vida que es Dios, queda salvado de perder la plenitud obtenida.

Pero para ello ha debido antes responder libremente a la invitación que Dios le hace de incorporarse a su comunión. Y como una respuesta libre implica la posibilidad de cerrarse al amor, estamos en el supuesto anterior. Dios no puede conseguir un hombre llamado a aceptar libremente su consumación y simultáneamente consumado.

Interesa considerar ya desde ahora que únicamente en la salvación -en la comunión inamisible de vida con Dios- quedará el hombre liberado, no de la finitud, lo que sería absurdo, pero sí del mal de la finitud, fuente del sufrimiento y de la injusticia que llenan nuestra vida.

La cantidad de sufrimiento e injusticia resulta a veces tan aplastante que nos preguntamos si compensa que Dios crease para obtener tales resultados.

La realidad de la salvación³⁹ nos lleva a descubrir lo pretencioso de muchas de nuestras preguntas ¿Qué sabemos nosotros del abismo de bondad que supone la comunicación de la misma vida de Dios al hombre? ¿Por qué hemos de presumir que esa comunicación podría haberse hecho por caminos aún mejores? ¿Qué tendremos que decir cuando se manifiesten con claridad los contenidos del proyecto divino y sus resultados? ¿No es la misma salvación la respuesta que justifica a Dios de crear un mundo donde iba a producirse tanto mal?

La acción constante de Dios en este mundo se orienta siempre al verdadero bien de sus creaturas, que él conoce en su lucidez infinita, y que éstas han de conseguir libremente. Nunca prescinde de ellas, pues eso sería contradictorio con sus planes de amor. Solicita su cooperación para lograr un mundo mejor.

³⁷II, 4.2.a.b.

³⁸Supra II, 2.3.c.

³⁹Ver III, 4.1; IV y V

Nunca debemos imaginar que tenemos que luchar contra Dios para conseguir nuestra felicidad. El Padre es el primero que está empeñado en lograr nuestra felicidad, y por eso trabaja continuamente en nuestro favor. Se trata de colaborar con él, incorporándonos a su actividad.

Al hacerlo no pretendamos adelantarnos a sus caminos o imponerle subrepticamente los nuestros. Únicamente él sabe cuáles son los mejores en cada circunstancia. Su acción puede resultarnos desconcertante, pero no porque obre de manera caprichosa, sino porque su lucidez supera infinitamente la nuestra.

La existencia del mal en el mundo nos habla del infinito respeto de Dios hacia la libertad del hombre. El hecho de que Él llegase a entregar a su propio Hijo para llamarnos a la bondad, indica la seriedad con que el Padre se toma los males de este mundo.

625. Incorporarnos con realismo a los caminos de la Bondad de Dios

Lo dicho hasta ahora acentúa la importancia que tiene discernir los caminos del bien, para incorporarnos en cada situación concreta a la tarea liberadora del Padre.

Al participar así de su lucidez en la pequeña medida que a cada uno nos corresponde, seremos fieles a nuestro mundo y a nuestro Dios. Iremos trazando con amor caminos de justicia, a partir del análisis objetivo de las diferentes situaciones.

Dios no puede sustituir al hombre, pero éste haciendo uso responsable de su libertad, ha de ayudar a Dios a lograr un mundo más justo.

La corriente del río de vida fluye hacia mí a través de toda la realidad. El origen del mal se halla en la defectibilidad de la creatura, consecuencia inevitable de su carácter contingente. Somos los hombres quienes, al ceder a esa nuestra condición falible, elevamos compuertas que impiden que el río fecunde más efectivamente nuestro mundo. Pero sus aguas buscan continuamente resquicios para seguir fluyendo. Se trata de abatir esas compuertas y de permitir que la vida, tan maltratada, pueda crecer y hacerse abundante.

No nos encontramos solos a la hora de transformar la historia para librarla de la opresión. Nos precede la acción fecundante del Padre; debemos incorporarnos a ella, para que así sus aguas empapen mayor extensión de tierra.

Esta incorporación supone un ejercicio continuo y exigente de discernimiento. Pero sin exagerar. Porque la sabiduría amorosa del Abbá siempre trasciende la nuestra, y hecho lo que a nosotros nos corresponde, cabe confiarse al misterio insondable de su amor, siempre activo por encima de nuestras posibilidades.

No somos nosotros quienes dirigimos el río de la vida. Únicamente nos incorporamos a su corriente. Incluso cuando nos aislamos y quedamos resecos, el río sigue rodeándonos mansamente con el fin de que le permitamos entrar y retornemos a su caudal.

Así nos conducirá hacia el prójimo y hacia la historia, para que también en ella cooperemos a la liberación de la vida.

Responde:

10. *Medita estas dos afirmaciones:*

a. *"Dios puede eliminar el mal de este mundo pero no quiere hacerlo"*

b. *"Dios quiere eliminar el mal de este mundo pero no puede hacerlo"*

¿Cuál de las dos prefieres? Razona tu respuesta sopesando los pros y contras que se te presentan en el caso a. y en el caso b.

11. *¿Por qué Dios, siendo omnipotente, no suprime todo el mal de este mundo? Expón los eslabones principales de la respuesta que ofrece el texto que has estudiado, y expresa tu punto de vista sobre ella. Cuida la respuesta a esta pregunta*

12. *¿A cuál de tus amistades o conocidos aliviaría que le hablastes de Dios a partir de tu respuesta a la pregunta anterior? ¿Cómo cambiaría su imagen de Dios?*

7. LA CUESTION DE LA IRA DE DIOS⁴⁰

a. El problema

El tema de la ira de Dios y de los castigos divinos (piénsese en la predicación sobre el infierno) parece a muchos un obstáculo importante para creer de verdad que Dios es amor, o río de vida.

Nietzsche expresa esa dificultad con toda nitidez: un juez, aunque sea clemente, no es objeto de amor; por otra parte, amenazar parece algo contradictorio tanto con el amor como con el deseo de ser amado⁴¹.

He aquí pues nuestra cuestión: ¿Se puede interpretar sin artificiosidad el tema de la ira de Dios en función de su Bondad y de la afirmación "Dios es amor" que conduce nuestra reflexión? Nuestra respuesta será afirmativa: la ira es por una parte, consecuencia del desprecio del amor de Dios por parte del hombre; por otra, la dimensión de exigencia del amor, una condición sin la cual éste no sería auténtico.

En la perspectiva de la TL esta característica del amor divino adquiere mayor relieve. Sería bonachonería, no bondad, el amor que no exigiese la práctica de la justicia, o que se desentendiese de los aspectos estructurales de la liberación. Cuestión esta última muy relacionada aunque parezca raro con nuestro tema: pues la ira de Dios en la Biblia es a menudo el aspecto coercitivo de las leyes estructurantes de una convivencia presidida por la justicia hacia el necesitado.

b. El mensaje de la Escritura

En el antiguo testamento la ira de Dios aparece frecuentemente como castigo del transgresor del ordenamiento legal.

Por una parte el Dios guerrero garantiza el derecho de su pueblo a configurarse como tal, castigando a sus enemigos⁴². Israel recibe incluso la orden de consagrar al anatema al vencido. La fe se expresa en las categorías culturales de cada época, a veces llenas de violencia⁴³.

En otras ocasiones, Dios castiga la infidelidad de su propio pueblo. Recordemos el tema de las murmuraciones en el desierto⁴⁴, y sobre todo la perspectiva teológica del Deuteronomio y de la teología deuteronomista, tan dominada por el esquema infidelidad / fidelidad (a la Ley de la Alianza) - castigo / recompensa⁴⁵.

Los profetas anuncian también castigos divinos contra los transgresores de los derechos del pobre: el día de Yahvéh será tinieblas, y no luz (Am 5,18-20)⁴⁶.

⁴⁰Ver los artículos de diccionarios bíblicos: HAAG, 1963; DELCOR, 1967; LEON-DUFOUR, 1967... También GELIN, 1953; GEORGE, 1969; KÜNG, 1979, 909-13. Sobre Dios y la violencia en la Biblia, LOHFINK, 1985. Para el engarce con la escatología, TORNOS, 1984

⁴¹"Si Dios hubiera querido llegar a ser objeto de amor, hubiera comenzado por renunciar a hacer justicia; un juez, y aun un juez clemente, no es objeto de amor".

"¿Cómo? ¿Un juez que ama a los hombres, a condición de que crean en él, lanzaría miradas y amenazas terribles al que no tiene fe en este amor? ¿Cómo? ¿El amor de un todopoderoso sería un amor con cláusulas? ¿Un amor que no se ha sobrepuesto al punto de honor y a la venganza irritada?" NIETZSCHE, 1932 (Obras completas 5, El gay saber, nn. 140 y 141).

⁴²III.4.2.b.Ù.

⁴³Dt 20,10-8; Num 21,21-35; Jos 6,17-21; 10;... LOHFINK, 1985, 73-83

⁴⁴VON RAD, 1972, I, 352-61; TERMES ROS, 1969, 387-95

⁴⁵Dt 4,25-8; 7,4; 8,19; 11,16-7; 30,17-9; 31,16-8.29. VON RAD, I, 1972, 412-26

⁴⁶DELCOR, 1967; GEORGE, 1969

En todos estos casos la ira de Dios, que se expresa a veces con violencia terrible, aparece como la garantía última del aspecto coercitivo del derecho, entendido con las categorías de la época.

Es cierto que hay también textos en que la cólera de Dios se enciende de manera caprichosa, sin motivo aparente. Por ejemplo, cuando se nos narra la lucha de Dios contra Jacob en Peniel (Gn 32, 23-33); o cuando Yahvéh cae sobre Moisés para matarlo, y Séfora salva la situación circuncidando a su hijo (Ex 4, 24); en otra ocasión incluso, un contacto bienintencionado con el arca de la alianza produce la muerte (2 Sa 6, 6-8).

No faltan quienes discurrendo por el surco antaño abierto por Marción, se inclinan a pensar que la revelación del Dios del amor se contraponen a la del Dios terrible de la antigua alianza. Es cierto que en la Biblia se da una progresión en la manifestación del Dios como amor. A través de los diferentes niveles históricos de la composición del antiguo testamento vemos cómo Dios educa progresivamente a los hombres, con el fin de hacerles borrar de su imagen divina todo residuo de violencia.

Pero no existe una contraposición sistemática entre ambos testamentos. Ya en el antiguo, Yahvéh va manifestando sus entrañas de amor, y por otro lado no faltan en el nuevo textos que siguen hablando de castigos terribles.

Jesús mismo se refirió a ellos. Baste pensar en las parábolas del siervo sin entrañas (Mt 18,23-35), o del rico Epulón (Lc 16, 19-31); o en la descripción mateana del juicio final (25, 31-46).

En Pablo los textos sobre la ira de Dios siguen adquiriendo a veces matices terribles, como en la carta a los romanos⁴⁷. Otras veces el apóstol advierte sobriamente que "el pecado paga con la muerte" (Ro 6, 23). No sólo el pecado cuya materia es la insolidaridad acarrea castigo; otros muchos, también los sexuales, impiden la entrada en el Reino (1 Co 5,5; 6, 9-10).

Queda pues pendiente nuestra cuestión. ¿Puede casar la ira de Dios con su amor?

c. Dios nunca castiga caprichosamente⁴⁸

La ira de Dios nunca se desencadena sin motivo o de manera caprichosa. La historia de la redacción explica fácilmente cómo los textos a que nos hemos referido, pese a la primera impresión que producen, se proponen inculcar la importancia de la circuncisión (Ex 4,24), o el respeto por lo sagrado (2 Sa 6,6-8). La lucha de Jacob en Peniel supone la creencia primitiva en un dios protector de la región, y por otra parte subraya fuertemente la importancia del patriarca⁴⁹.

d. El castigo, consecuencia inmanente del desprecio del amor divino

Castigar no es una actividad propiamente divina. Los castigos de Dios son la consecuencia inmanente de nuestro propio pecado, que consiste en despreciar libremente su amor.

Desde el punto de vista teológico, vemos que el hombre es, en virtud de la proyección trascendental que anima toda su actividad, un ser-para-Dios⁵⁰. Lo cual supone que no hay felicidad definitiva sin Dios, aunque en esta tierra no tengamos evidencia inmediata de ello.

El pecado es la elección libre por la cual el hombre rechaza su propia estructura trascendental, y siendo para Dios, se queda sin Él. Por tanto, el castigo no es algo impuesto por Dios como desde fuera, de una manera intervencionista, sino el resultado inmanente, que Dios no puede evitar⁵¹, de ese mal uso de la libertad.

⁴⁷1,18; 2,4 ss; 3,5-8; 4,15... Cf. HEROLD, 1973

⁴⁸Comparar con GUERRERO, 1974, 149-50

⁴⁹SCHMIDT, 1974, 32-4

⁵⁰I.5.2.

⁵¹II.4.2.

La exégesis también proporciona fundamentos a la interpretación que acabamos de hacer. La mentalidad bíblica es refractaria al concepto de punición jurídica; en hebreo el mismo término designa la culpa y el castigo, evidenciándose así en el lenguaje la intrínseca conexión de ambos aspectos, dos caras de una única y misma realidad⁵². Dios no castiga; el hombre se castiga a sí mismo.

e. Los anuncios de la perdición, un aspecto de la actividad salvadora de Dios

Pero Dios no se limita a esperar fríamente hasta comprobar si el hombre logra finalmente la salvación. Como Padre bueno hace todo lo que está en su mano por ayudar al hombre, dentro del obligado respeto a su libertad. No se limita a ser el remunerador que premia a los buenos y castiga a los malos. Sino que trabaja activamente para conseguir que todos se incorporen a la salvación.

Dios actúa a favor del hombre a través de Jesús ("Yahvéh salva"), que no ha venido para condenar, sino que, contra la expectativa de los fariseos, anuncia que ha venido un salvador para los pecadores.

La salvación del hombre depende pues de que éste acoja el mensaje de Jesús. Dios se compromete al máximo para conseguir el bien del hombre, que consiste precisamente en dar a ese mensaje una respuesta libre y responsable. Como Él no puede ocupar nuestro lugar en el momento de dar esa respuesta, lo que sí hace es hacernos ver la seriedad de lo que está en juego.

Hemos de realizar una opción decisiva. Dios, cuando advierte al hombre del riesgo de perder definitivamente la vida que supone el cerrarse obstinadamente a la llamada del amor, actúa de manera liberadora.

Las amenazas de la Biblia serían así, como advierte Torres Queiruga, un "modo del amor que, lleno de angustia, avisa de un peligro del que tan sólo él conoce el alcance"⁵³.

Esta opinión cuadra bien con la voluntad salvadora del Padre que, en la cruz de su Hijo, transformó la ira en dolor. Éste sigue expresando que es imposible que Dios reconozca como bueno lo que no lo es, pero manifiesta al mismo tiempo que el Amor prefiere sufrir la muerte a manos del pecador, a entregarlo él a la muerte.

Las referencias de Jesús al "fuego eterno", a la "gehenna", a las "tinieblas exteriores" se explican dentro del lenguaje apocalíptico de su época. No tenemos derecho a cargarlas de fantasías de carácter sádico, como si Dios se complaciera en la venganza o en torturar durante toda la eternidad a una buena parte de sus creaturas.

Existen en el NT expresiones más sobrias. "El pecado paga con muerte", advierte Pablo (Ro 6,23). El mismo Jesús se refiere al riesgo de "perder la vida", a que conducen las actitudes afirmativas y centradas en sí.

En todo caso, hay que mantener que el Padre Dios nunca condena. Su actividad es exclusivamente salvadora. Sería el hombre quien incomprensiblemente se cerraría definitivamente a su Amor. ¿No estamos ya así ante un riesgo tremendo con el que hemos de contar?

f. La exigencia como dimensión del amor

Cerrarse al amor del Padre, tal vez para siempre, es una posibilidad real, con la que el hombre ha de contar, y que ha de procurar evitar volviéndose con todas sus fuerzas a ese mismo amor.

⁵²VON RAD, I, 1972, 470-3; 529. PFAMMATER, 1969, 322-3, refleja la opinión de DODD: la ira de Dios según san Pablo no es un sentimiento o conducta del mismo Dios, sino algo que el hombre con su propia conducta hace venir sobre sí.

⁵³TORRES QUEIRUGA, 1979, 67 (en su contexto 66-72)

Incluso prescindiendo de la consideración del castigo, el hecho de no abrirnos al amor de la bondad infinita nos debería causar una pena inmensa y duradera. Despreciar el amor es de suyo más terrible que sufrir por haberlo despreciado.

¡Qué pena para quien ama de veras haber endurecido el corazón aunque no fuese más que una vez en la vida! El lenguaje austero de los anuncios de condenación hace ver que éste no es un sentimiento superficial de un corazón piadosito. Hace ver lo que supone obstinarse en ese rechazo.

Rechazar el Amor, despreciando el hecho de ser obra suya, o ignorando al otro hombre en necesidad, significa perdición, ya en esta vida. Perdemos la única vida que merece el nombre de tal.

Nos cerramos al don maravilloso del Padre y a la oportunidad de participar ya de alguna manera de su felicidad, pese a la gravedad del humano existir. Empecinarse en la arrogancia de la dureza egoísta significa matar la vida de los demás (aunque no fuese más que porque no les transmitimos la que tienen derecho a esperar de nosotros), y extinguir la también en nuestro propio corazón.

Basta considerar el estado de nuestro mundo, enfermo por falta de amor auténtico y oblativo: la multiplicación de la iniquidad es ya aquí abajo un cierto estado de condenación.

Desde este punto de vista aparece también cómo la ira de Dios no es sino la exigencia de su amor; es efecto de su sinceridad, que nos indica el camino, a veces austero, que conduce a la alegría. De nuevo se manifiesta que el amor no se autentifica sino en la realización de la verdad.

La exigencia, cuando se propone promover el verdadero bien de otro, es una dimensión del amor. Dios, por ser bueno, no se contenta con menos de que también nosotros lo seamos. Nos remite a nuestras responsabilidades constitutivas, porque si las preterimos nos cerramos a la vida y a la felicidad.

g. Ira del hombre e ira de Dios

Se prohíbe al hombre justificar su ira identificándola con la de Dios, o constituyéndose por propia decisión en su intérprete y vicario: "la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Sgo 1,20). La ira, que en Dios es otra expresión de su amor, en el hombre es fácilmente apetito desordenado de venganza. La conciencia de que todos nos encontramos bajo el juicio de Dios debe conducirnos más bien a realizar pacientes discernimientos, sin lanzar condenaciones globales o postular revoluciones fulgurantes. La parábola de la cizaña nos lo recuerda (Mt 13, 24-30).

La exigencia es también entre los hombres una dimensión del amor verdadero, con tal de que recordemos que Dios para conducirnos a ser buenos, comienza por entregarse Él mismo hasta morir por nosotros.

No es correcto insistir en la exigencia del amor, sin poner mayor empeño en imitar, siquiera un poco, la generosidad de nuestro Dios. La parábola del siervo sin entrañas debe resonar siempre en nuestros oídos (Mt 18,21-35).

h. Ira de Dios y teología de la liberación

El pobre nos reclama y nos acusa desde su necesidad; nos hace comprender que nunca seremos hombres, si nos hurtamos a esa reclamación. Para responder de manera efectiva a esa llamada, necesitamos también de las leyes.

Éstas configuran el entramado institucional de una sociedad dada. Si son justas contribuyen a que la organización de la política, de la economía, de la cultura generen solidaridad, y no discriminación.

La TL subraya con razón que sería una utopía falta de realismo pensar que los individuos de una sociedad, sin la ayuda de una estructuración legal, iban a acertar siempre y en cada coyuntura con las formas más oportunas de solidaridad.

Es cierto que ésta, para ser plena, ha de arraigar en lo más hondo del hombre, y convertirse en un movimiento del corazón. La integridad moral de una sociedad nunca dependerá sobre todo de la actividad legisladora.

Pero la solidaridad no sería efectiva sin organizarse. La sociedad, sin esperar a que todos se conviertan interiormente al amor, debe ejercer una cierta presión sobre aquéllos de sus miembros que no ayuden suficientemente a los demás.

Por ello, son necesarias instituciones y estructuras que canalicen y promuevan con realismo y efectividad, la contribución de todos al bien común. Lo cual implica un cierto grado de coerción sobre la espontaneidad inmediata del hombre. A menudo somos egoístas, o preferimos caminos distintos a los efectivamente elegidos por el cuerpo social. Si caemos en el individualismo nuestra acción se esteriliza.

La imagen de la ira de Dios, frecuentemente utilizada en el AT para garantizar por medio de la coerción el sistema legal de Israel, puede seguir conservando un sentido profundo en esta perspectiva.

Nos recuerda que recusar estructuras - vigentes o por configurar- que generen justicia implica de suyo y no por capricho de un Dios voluntarista, la perdición del hombre.

Efectivamente. Nos deshumanizamos cuando no nos reconocemos como asignados al rostro desnudo del pobre. Esa asignación implica, para ser auténtica, sujeción a determinados aspectos estructurales de la convivencia. Luego si los olvidamos o menospreciamos, también nos deshumanizamos.

La ley, necesaria para configurar de manera estable estructuras creadoras de justicia, adquiere una tonalidad coercitiva cuando no acertamos a interiorizarla y a integrarla en la referencia hacia el otro hombre en necesidad.

Debemos entonces descubrir su verdadero sentido como instrumento de solidaridad, para no convertirla en un aguijón que nos esclavice.

De este modo, evitaremos transformar en airado el rostro amoroso de Dios, que es lo que hacemos al negarnos a participar de su amor solidario hacia el hombre.

Responde:

13. *Reflexiona sobre el papel del riesgo en la vida del hombre. ¿podría considerarse como un factor humanizador de la vida?*
14. *¿Se puede decir con verdad que "Dios no castiga nunca"? ¿En qué sentido?*
15. *Los anuncios de perdición, ¿de qué manera se pueden interpretar como un modo de la acción salvadora de Dios?*
16. *¿Por qué la Bondad de Dios ha de ser también exigente?*
